

El ataque en Bondi Beach y la maquinaria del significado fabricado

RIMA NAJJAR :: 19/12/2025

La incertidumbre se convierte en una oportunidad para la disciplina. Lo que parece sentido común público espontáneo es, de hecho, el sedimento de años de condicionamiento ideológico

Introducción

Y ahí está: el temor familiar. Otro ataque, esta vez un tiroteo masivo contra una celebración de Hanukkah en la icónica playa Bondi de Sídney; otra narrativa instantánea de terrorismo antisemita; otra opresión en el pecho que muchos de nosotros ahora reconocemos sin pensarlo. Antes de que se contaran los cadáveres, el significado ya estaba asignado.

El 14 de diciembre de 2025, un equipo de padre e hijo abrió fuego contra un concurrido evento de Jabad, "Hanukkah junto al Mar", matando al menos a 15 personas (incluidos niños y rabinos) e hiriendo a decenas más, en lo que las autoridades rápidamente declararon un acto terrorista antisemita selectivo. Si bien el motivo antisemita era innegable, la narrativa mediática comenzó de inmediato a realizar un acto familiar y trascendental: fusionar la lucha universal contra el odio antijudío con la agenda política específica del Estado de Israel, preparando así el terreno para una respuesta geopolítica.

En la cobertura inmediata (entrevistas que circularon ampliamente y fueron recogidas internacionalmente, incluso en la BBC), voces como la de Arsen Ostrovsky, un defensor pro-Israel herido en el ataque, describió la escena como un "baño de sangre absoluto" y una "masacre", trazando explícitamente el paralelo: "El 7 de octubre fue la última vez que vi esto [parece que no vio las imágenes del genocidio palestino]. Nunca pensé que vería esto en Australia, no en mi vida, en Bondi Beach de todos los lugares". Los segmentos de la BBC también incluyeron al rabino Moshe Gutnick, organizador conjunto del evento, criticando la inacción del gobierno ante las crecientes amenazas y haciéndose eco del aumento de incidentes desde el 7 de octubre. Las banderas australianas e israelíes pronto aparecieron de forma destacada en las imágenes de los monumentos y las vigiliadas, uniéndolo al ataque a una narrativa sionista más amplia de la vulnerabilidad judía en medio de las tensiones mundiales en curso.

Cuando encendí la transmisión aquí en Amán y vi esta cobertura, las comparaciones me resultaron inquietantemente familiares por su inmediatez: los testigos se posicionaban como puentes morales hacia la narrativa de Israel, los símbolos encajaban con tanta rapidez.

El encuadre llegó más rápido que los hechos, y mi sospecha --formada no por paranoia, sino por la memoria-- era que la narrativa se estaba orientando, prematura y previsiblemente, hacia el universo moral preferido por el régimen israelí. Incluso me hizo, por un momento, preguntarme sobre una orquestación más profunda de bandera falsa, una posibilidad intrusiva moldeada por precedentes.

Mi reacción no es conspirativa. Es un reconocimiento de patrones: un instinto agudizado al ver cómo las afirmaciones prematuras se consolidan hasta convertirse en verdades incuestionables y cómo las primeras narrativas perduran tras las correcciones.

Precedentes históricos del encuadre reflexivo

Este planteamiento reflexivo tiene una larga historia.

En 2017, cientos de amenazas de bomba apuntaron a centros comunitarios judíos y sinagogas en todo EEUU y en el extranjero. Desde los primeros informes, la ola se enmarcó como un aumento del terrorismo antisemita. El miedo se extendió rápidamente. Las salas de redacción y los funcionarios públicos hablaron de redes extremistas organizadas y una amenaza renovada a la vida judía.

Pero cuando los investigadores finalmente rastrearon las llamadas, uno de los principales perpetradores resultó ser Michael Kadar, un adolescente judío israelí-estadounidense que operaba desde Israel utilizando sistemas telefónicos falsificados y herramientas cibernéticas. Para cuando ese hecho salió a la luz, la narrativa ya estaba arreglada. La corrección llegó silenciosamente, sin urgencia y arrinconada, y nunca desplazó la atribución inicial. El episodio mostró cuán rápidamente puede solidificarse el significado, y cuán poco importa cuando el significado resulta ser falso.

La maquinaria no solo es rápida, sino que también tiene un sesgo direccional. Enmarca los incidentes de forma fiable dentro de una narrativa de judíos asediados por otros externos, un marco que inherentemente exige soluciones nacionalistas y securitizadas.

Más recientemente, en Australia, la policía descubrió una caravana en Sídney que parecía estar repleta de explosivos y acompañada de una lista de sinagogas locales. En cuestión de horas, el descubrimiento se consideró un inminente ataque terrorista antisemita. Las autoridades hablaron públicamente de una gran amenaza; los titulares se hicieron eco de la alarma. Pero cuando los investigadores examinaron el dispositivo, no encontraron detonador, ningún mecanismo explosivo viable ni capacidad para causar daños masivos. El complot se consideró finalmente una invención, aparentemente orquestada por delincuentes que buscaban provocar pánico y manipular la respuesta policial.

Sin embargo, la narrativa inicial ya había saturado el discurso público. Lo que persistió no fue la verdad, sino la huella emocional de la primera interpretación, una huella perfectamente alineada con una cosmovisión que considera la seguridad judía como perpetuamente dependiente del poder estatal y la vigilancia contra un mundo exterior hostil. La retractación fue discreta, técnica y rápidamente olvidada.

Asimetría temporal y la política de la primera narración

En conjunto, estos episodios revelan una dinámica mucho más profunda que cualquier cuestión de orquestación. Lo que exponen es la asimetría temporal: la ventaja estructural de quien habla primero. La narrativa inicial no solo llena un vacío; se convierte en el significado recordado del evento.

Vimos esto el 7 de octubre, cuando las primeras afirmaciones israelíes, sin verificar, sobre atrocidades --muchas posteriormente retractadas o contradichas-- se consolidaron en la conciencia global antes de que comenzaran las investigaciones independientes. Y lo vimos después del 11-S, cuando la velocidad de atribución y la concepción moral de un "enemigo de la civilización" moldearon la política estadounidense y la opinión pública mucho antes de que se evaluarán las pruebas o pudieran surgir interpretaciones alternativas.

En cada caso, descubrimientos posteriores llegaron sin la fuerza suficiente para dismantelar lo que el público ya había asimilado, y fueron considerados "teorías conspirativas". Esa es la arquitectura del problema: el reloj, no la evidencia, determina el significado. El tiempo mismo se convierte en un instrumento político, y la primera narrativa --por especulativa que sea-- se convierte en la que la historia recuerda.

Función estratégica de la hasbará

En esta brecha es donde prospera la hasbará [propaganda] israelí. Su ingenio estratégico no reside solo en la velocidad, sino en la fusión conceptual: Mapea sistemáticamente la amenaza real y global del antisemitismo en el proyecto geopolítico del sionismo. Sostiene, implícita y explícitamente, que esta última es la única respuesta posible a la primera.

Esta lógica se basa en la supresión de una verdad contrapuesta: que el proyecto sionista de autodeterminación nacional en Palestina se basa fundamentalmente en la negación de ese mismo derecho a los palestinos y la perpetúa. La hasbará invisibiliza esta realidad de suma cero, replanteando un conflicto político por la tierra y la soberanía como una lucha civilizatoria contra el odio innato.

La hasbará define el evento y los medios occidentales absorben esa definición automáticamente. El marco no surgió de forma orgánica, sino que siguió un guion que los medios han interiorizado hasta convertirlo en un reflejo. Los elementos de la cobertura de Bondi Beach reflejan este reflejo.

Bondi Beach: captación y amplificación narrativa

En la cobertura de Bondi Beach, algunas voces sionistas y comunitarias plantearon desde el principio la posibilidad de vínculos con Irán o actores regionales, basándose en incidentes previos atribuidos sin pruebas a la participación iraní. Las autoridades australianas rápidamente declararon el ataque como un acto de terrorismo antisemita. El presidente de la Federación Sionista de Australia integró el incidente en una narrativa más amplia de creciente antisemitismo, atribuyéndolo a años de incitación desenfrenada e inacción gubernamental.

Este enfoque va más allá de advertir sobre los prejuicios; a menudo convierte las críticas a Israel en hostilidad hacia los judíos, una medida con una larga trayectoria institucional. Una lógica similar surgió en 2023 cuando la Asociación Judía Australiana difundió un video en el que se afirmaba que los manifestantes de Gaza habían coreado "gasear a los judíos", una afirmación que posteriormente se demostró sin fundamento en los análisis forenses de la policía, pero que fue ampliamente difundida en aquel momento y no desmentida.

Este patrón evoca momentos anteriores de la historia política sionista. Las organizaciones de defensa de los derechos de los judíos de las décadas de 1930 y 1940 y los grupos actuales en Australia comparten un repertorio: enmarcar la vulnerabilidad judía de maneras que consolidan su influencia política, definir los límites permisibles de la identidad judía y presentar ciertas formas de disidencia, ya sean judías o no judías, como una amenaza para la supervivencia colectiva. En ambos casos, la atrocidad y el miedo se convierten en capital político.

El mecanismo en el pasado y el presente es el mismo: aprovechar y reutilizar una crisis para fortalecer los objetivos de defensa, a menudo a través de narrativas de islamofobia, multiculturalismo securitizado y un ecosistema de información preparado para leer la violencia musulmana o inmigrante como parte del terrorismo global.

Cómo las narrativas de élite migran al sentido común público

Lo que hizo imposible ignorar este patrón fue la rapidez con la que emergió más allá de la transmisión. El encuadre que acababa de ver ya circulaba en las reacciones públicas, reproducido por comentaristas que invocaban la seguridad y el orden social, haciéndose eco así del guion geopolítico que la hasbará había puesto en marcha. La rapidez de esta asimilación reveló cuán profundamente está arraigada la arquitectura narrativa: no se queda en el discurso de la élite; migra al habla cotidiana.

Un comentario en facebook que circuló tras el ataque de Bondi Beach transformó un incidente sin resolver en un modelo de disciplina estatal. El autor (David Langsam) comienza con: «Prohibir las armas... reprimir TODAS las armas civiles», luego pasa inmediatamente a «Prohibir todas las protestas relacionadas con eventos extranjeros», y finalmente propone un «Curso australiano para inmigrantes... un curso de inmersión israelí similar al Ulpán», el sistema tradicional de Israel para asimilar rápidamente a los inmigrantes a las normas nacionales sionistas y garantizar que los recién llegados no «traigan conflictos extranjeros a nuestras costas». Así es como las narrativas de la élite se consolidan en el sentido común público.

La analogía del Ulpán y los modelos importados de disciplina

La analogía del Ulpán es reveladora. Promovido como un modelo neutral para la integración de los inmigrantes, el propósito histórico del Ulpán israelí fue asimilar rápidamente a los inmigrantes judíos en un proyecto nacionalista de colonos, enseñándoles hebreo e ideología sionista mientras borran activamente sus culturas e idiomas de la diáspora (yidish, ladino, árabe). Proponer su adaptación australiana es abogar inconscientemente por un modelo de ciudadanía basado en la supresión de la identidad política rival. Resuelve el "problema" de los "conflictos extranjeros" al exigir su abandono, reflejando la lógica fundacional del sionismo en Palestina, que exigía la negación de la identidad nacional palestina como precio por la soberanía judía.

Nada de esto aborda lo que realmente ocurrió en Bondi Beach. Desvía la atención de los hechos del caso hacia las comunidades ya catalogadas como amenazantes, convirtiendo un acto de violencia local en una justificación para regular la disidencia, la migración y la expresión política. La precisión del cambio --y el Ulpán israelí invocado como modelo--

revela cuán profundamente el vocabulario de la hasbará ha penetrado en el sentido común público.

Esta es la segunda vida de la hasbará. Una vez absorbida por el torrente sanguíneo político, ya no necesita portavoces israelíes ni intermediarios mediáticos; circula por sí sola. Las reacciones comunes comienzan a tratar la diferencia política como desorden, la solidaridad como un conflicto importado y la protesta como una amenaza a la seguridad pública. La analogía del Ulpán lo deja claro: las prácticas nacidas en un contexto colonial se reinterpretan como soluciones cívicas neutrales. Lo que parece sentido común público espontáneo es, de hecho, el sedimento de años de condicionamiento ideológico.

El cambio se produce rápidamente porque las bases se sentaron mucho antes del atentado de Bondi Beach: mediante la cultura de seguridad posterior al 11-S, las narrativas islamóforas y la normalización de interpretar la presencia musulmana o inmigrante a través de la lente del terrorismo global. La incertidumbre deja de ser incertidumbre. Se convierte en una oportunidad para la disciplina.

La infraestructura posterior al 11-S y el sistema de significados predefinido

Este reflejo se concretó tras el 11 de septiembre de 2001, cuando la islamofobia pasó de ser un sentimiento marginal a una lógica dominante en Occidente. Israel no originó esta transformación, pero desempeñó un papel crucial al darle coherencia e institucionalidad. En los días posteriores al 11-S, las autoridades del régimen israelí trabajaron agresivamente para integrar su conflicto con los palestinos en la emergente "Guerra contra el Terror". Ariel Sharon presentó la resistencia palestina como una extensión de Al-Qaeda; el lenguaje de la ocupación y el apartheid desapareció, reemplazado por una narrativa de lucha civilizatoria contra el "terrorismo islámico".

Esta maniobra retórica no fue solo una alineación de intereses; fue un acto de desplazamiento conceptual. La disputa territorial específica con los palestinos --una lucha entre dos movimientos nacionales por el mismo territorio perteneciente a los palestinos-- quedó sumergida bajo la guerra abstracta y global contra el terrorismo. La búsqueda palestina de autodeterminación pudo así recategorizarse no como una reivindicación nacional paralela, sino como una manifestación de extremismo islamista irracional. Su borrado político fue completo: ya no eran un pueblo con derechos, sino un vector del terrorismo.

Israel se posicionó entonces como el laboratorio de primera línea de Occidente: exportando doctrina antiterrorista, herramientas de vigilancia, protocolos de perfilación aeroportuaria, tácticas de control de multitudes y software de vigilancia predictiva, todo ello comercializado como soluciones de seguridad neutrales ante una amenaza universal. La amenaza no era universal. Estaba explícitamente codificada como musulmana.

En este entorno, la islamofobia se arraigó en la infraestructura. La sospecha se incrustó en las políticas, la tecnología, los manuales de capacitación y el criterio profesional. Una vez establecidos estos sistemas, el enfoque israelí ya no requería persuasión; solo un evento. Una conmoción, un delito o un acto ambiguo bastaban para activar la arquitectura ya construida.

La evolución y la intensificación de la hasbará

La hasbará, el proyecto ancestral de Israel de "explicar" sus acciones al mundo, prospera en esta infraestructura. El término se remonta a los inicios de la defensa sionista, cuando Theodor Herzl instó abiertamente a la propaganda organizada para promover el Estado judío, y Nahum Sokolow lo refinó como "hasbará" durante la I Guerra Mundial. Después de 1948, se convirtió en una política estatal formal; con la era digital, evolucionó a la "hasbará 2.0": campañas coordinadas en redes sociales, becas estudiantiles y redes de 'influencers'.

Después del 7 de octubre de 2023 alcanzó una nueva intensidad: la rápida amplificación de afirmaciones de atrocidades no verificadas (posteriormente retractadas) que, sin embargo, cimentaron la indignación mundial antes de que pudiera comenzar la verificación independiente. Incluso cuando se produjo un auténtico aumento de incidentes antisemitas --documentado en todo Occidente--, la velocidad y la selectividad del encuadre a menudo aprovecharon el miedo real para fines geopolíticos más amplios.

La cuestión no es si el antisemitismo existe o no. Es quién lo define, lo utiliza y se beneficia de su invocación.

El historial de Israel: de las operaciones de bandera falsa al lavado de identidad

El caso Lavon (Operación Susana) de 1954 sigue siendo el ejemplo más claro y reconocido de una operación de falsa bandera: la inteligencia militar israelí reclutó judíos egipcios para bombardear lugares civiles occidentales en El Cairo y Alejandría, con la intención de culpar a los nacionalistas locales y perturbar las relaciones de Egipto con Gran Bretaña y EEUU. El complot fracasó al ser descubierto, forzando dimisiones y exponiendo los riesgos de la táctica.

Más allá de Lavon --un caso raro de puesta en escena absoluta-- operaciones posteriores resaltan un patrón de acción encubierta emparejada con una gestión narrativa agresiva. El caso Lillehammer (1973) vio a agentes del Mossad asesinar a un camarero marroquí inocente en Noruega, confundiéndolo con un planificador de los atentados en los Juegos Olímpicos de Múnich; las negaciones iniciales se derrumbaron bajo la investigación. El caso del autobús 300 (1984) reveló que Shin Bet ejecutó a secuestradores palestinos capturados y montó pruebas para afirmar que murieron en un forcejeo. El sabotaje más reciente contra el programa nuclear de Irán --el ciberataque Stuxnet (con colaboración estadounidense), o asesinatos de científicos como Mohsen Fakhrizadeh (2020, utilizando armamento remoto de IA)-- a menudo proceden con ambigüedad o silencio, dejando que los resultados estratégicos hablen mientras se preserva la negación.

La doctrina respalda este patrón. La Directiva Hannibal, debatida abiertamente en Israel y usada el 7 de octubre, autorizó al ejército el uso de una fuerza abrumadora para evitar la captura de soldados, incluso con la certeza de matar a los propios cautivos o a civiles israelíes. La lógica era explícita: el control estratégico y narrativo primaba sobre la vida individual.

Estos ejemplos aclaran la importancia de distinguir las operaciones de bandera falsa del lavado de narrativa. Las operaciones de bandera falsa requieren una planificación y una

ejecución elaboradas; el lavado de narrativa solo requiere velocidad, confianza y reflejos mediáticos condicionados. Israel destaca en esto último: adelantando argumentos morales, desplegando símbolos y posicionando a los testigos como anclas antes de que sea posible la verificación. En el ataque de Bondi Beach, una atrocidad antisemita verificable se integró rápidamente en guiones geopolíticos familiares, ilustrando la maquinaria y subrayando el verdadero coste humano del odio subyacente.

En este contexto, el engaño no es incidental. Es estructural. La hasbará adelanta las afirmaciones morales, atribuye la culpa desde el principio y hace irrelevantes las correcciones posteriores. La prensa (y el público) occidental ha sido condicionada a aceptar las declaraciones israelíes como fidedignas y los relatos palestinos como sospechosos. La disciplina narrativa reemplaza la verificación, y el significado se consolida antes de que la verdad pueda salir a la luz.

Conclusión

Las consecuencias de este sistema van mucho más allá de la mala interpretación. Una vez que una narrativa se consolida, abre un camino para la acción: la protesta se vuelve sospechosa, la vigilancia parece prudente y la solidaridad se reinterpreta como un desorden importado. Las políticas se endurecen en torno a estos supuestos. En el extranjero, el castigo colectivo se replantea como defensa preventiva. Gaza desaparece bajo capas de inevitabilidad fabricada mucho antes de que el mundo esté listo para asimilar la magnitud de lo que allí ocurre.

Aquí está en juego una jerarquía de credibilidad incorporada: una que otorga a las voces israelíes autoridad automática mientras que exige que las voces palestinas superen un estándar más alto solo para ser escuchadas.

La sospecha, en este panorama, cumple una función. Interrumpe la búsqueda de significado cuando este llega demasiado formado y alineado con los intereses del poder. La duda se convierte en una forma de presencia política, una manera de mantener abierto el espacio que la propaganda intenta sellar.

El coste final de esta maquinaria es una doble traición. Traiciona a los judíos al utilizar su miedo real al antisemitismo como arma para legitimar un proyecto político al que muchos judíos se oponen, fusionando la identidad judía con el Estado de Israel y haciendo que todos los judíos sean globalmente responsables de sus acciones.

Simultáneamente, traiciona a los palestinos al invisibilizar conceptualmente su lucha centenaria por la autodeterminación en su propia tierra, reenvasándola como mero terrorismo antisemita o fanatismo religioso. Esta amalgama es el motor que impulsa la maquinaria. Interrumpirla --insistir en esa pausa-- es exigir que se reconozca la dignidad de ambos pueblos: el derecho de los judíos a vivir libres del odio y el derecho de los palestinos a vivir libres de la ocupación.

La gente como yo no se aferra a conspiraciones. Vivimos en un orden informativo basado en la velocidad, la amplificación y la credibilidad selectiva. Cuando el significado llega ya ensamblado --sobre todo cuando, previsiblemente, apuntala las mismas tramas geopolíticas--

, la respuesta responsable es una pausa, no un juramento de lealtad.

Esa pausa es el comienzo de la alfabetización política, histórica y moral. En el tiroteo de Bondi Beach, una atrocidad antisemita verificable se entretejió rápidamente en los guiones geopolíticos, ilustrando la maquinaria y subrayando el verdadero coste humano.

** Activista, investigadora y profesora jubilada de literatura inglesa en la Universidad Al-Quds, Cisjordania ocupada.*
rimanajjar.medium.com

<https://www.lahaine.org/mundo.php/el-ataque-en-bondi-beach-y-la>